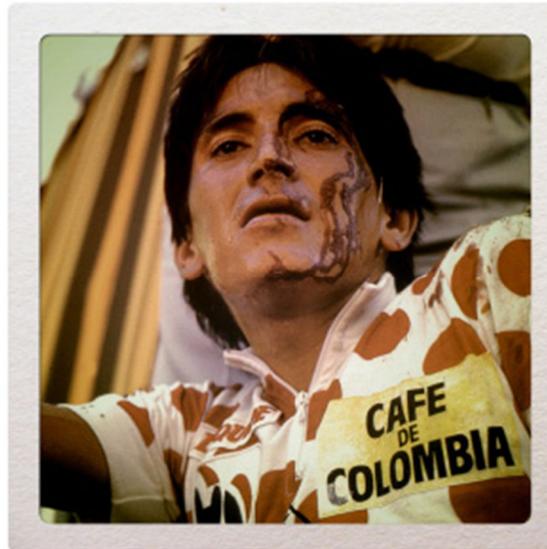


YO VI LA VICTORIA DE LUCHO HERRERA EN SAINT- ETIENNE

por José Clopatofsky



Los muchachos destilaban más entusiasmo que técnica, no sabían los trucos de la carrera, desconocían el manejo de los profesionales, no sostenían el paso en las bajadas y se caían como lápices porque no sabían rodar en un pelotón de 180 piernas y 360 ruedas a toda velocidad.

Amarrar de nuevo tantas memorias que se amontonaron durante los cinco Tours de Francia que cubrí para El Tiempo entre 1983 y 1987 podría parecer un largo pero sencillo ejercicio cronológico. Pero no hay tal. Esas más de cien etapas, las diez pasadas por todos los picos de los Alpes o por las redondas cumbres de los Pirineos, las estúpidas carreras por los pavés medioevales, el recorrido por los más lindos rincones del corazón de la campiña francesa, las rutas de las montañas tapizadas de entusiastas que esperaban días debajo de una carpa para ver pasar a sus ídolos demacrados, tapados por motos, cámaras, policías y periodistas, todo bajo el sol de las vacaciones de julio, confunden las fechas y los episodios.

Colombia resolvió armar un equipo para ir al Tour de 1983, la competencia más dura y la más reconocida del mundo, reservada a los equipos profesionales. La invitación provino de la propia organización de la carrera que acusaba cansancio escénico y déficit técnico porque el ciclismo estaba partido en dos: los profesionales que corrían el Giro de Italia, le daban la vuelta a España y terminaban en el épico Tour. Y los ciclistas aficionados de los países de Europa

oriental, que fungían como falsos aficionados puesto que eran empleados a sueldo de sus gobiernos y muy sospechosas incubadoras de los más degradantes experimentos del doping.

El Tour quería verlos en sus rutas y se abrió a los aficionados, pero el único país que respondió a la invitación fue Colombia, con un equipo ingenuo y liviano que Pilas Varta patrocinó, en 1983.

La expedición tuvo los más elevados signos de heroísmo y revolvió las calderas del fervor patrio con una épica subida a la cumbre del Tourmalet hecha a punta de coraje por Patrocinio Jiménez. Los muchachos destilaban más entusiasmo que técnica, no sabían los trucos de la carrera, desconocían el manejo de los profesionales, no sostenían el paso en las bajadas y se caían como lápices porque no sabían rodar en un pelotón de 180 piernas y 360 ruedas a toda velocidad. Mucho menos sabían de contrarreloj, de llegadas en las aristas de las cordilleras, del tiempo de las comidas y se encontraron con que nuestros Andes eran faldas modestas y muy diferentes ante las colosales etapas de la verdadera montaña del Tour.

Dos años después, el equipo se había fusionado hacia el patrocinio de Café de Colombia y ya era profesional en todo el sentido de la palabra, aunque no dejaba de ser una escuadra novata en el conocimiento del Tour y sus misterios. Además, por haber cumplido ya la edad mínima, Colombia alineó a Luis Herrera, un callado escalador de Fusagasugá quien, junto con Fabio Parra, también silencioso pero mucho más estratégico, le aportaron a las ilusiones la dosis de realidad que había faltado.

Y así fue. El Tour del 85 hizo sus pasos por las montañas en el orden de Alpes y Pirineos, precedidas de las consabidas etapas interminables y muy aburridas de plano, en las cuales se les daba oportunidad a holandeses, belgas y, en general, a los ciclistas con contextura y caja de autopista de lucirse mientras llegaba el turno de los que tenían verdadera transmisión de montaña entre los cuales contaban a los colombianos como excepcionales trepadores. Más por provenir de los Andes que porque realmente tuvieran la mecánica corporal y el tanque para hacer las dos cordilleras francesas en punta.

Como ha pasado a lo largo de la historia del Tour, y por lo general en el deporte, cada década trae su genio y estábamos en los días finales pero gloriosos de Bernard Hinault, quien pedaleaba tras su quinta corona. Testarudo como lo explica su sobrenombre de 'Blaireau', rudo como campesino que era, fuerte y masoquista con su propia contextura, dominante a tal punto que era el patrón del pelotón y pocos se movían sin su consentimiento, Hinault llegó a los Alpes a consolidar su poderío ya visto en las contrarreloj previas, que son el verdadero termómetro del estado físico de un corredor de fondo.

Ya en las estribaciones de las subidas se había visto que "les petits colombiens" no eran tan pequeños y que esta vez sí iban a romper el Tour, popular expresión del pelotón cuando este se desgrana y la camándula de rezagados es un desfile de perdedores.

El primer capítulo fue entre Morzine y Avoriaz, el 9 de julio. Faltando 75 kilómetros, Herrera puso a girar más rápido la cadena e Hinault lo siguió en una primera cuesta llamada Morgins en la cual el resto de los corredores ya había resignado sus opciones. Subieron y bajaron como estampillas por todos los repechos. Herrera siguió el paso frenético del francés en las curvas de los descensos donde usualmente los nuestros eran timoratos e inexpertos.

Finalmente, al enfrentar los últimos kilómetros, Hinault y Herrera estaban en franco mano a mano aunque con diferentes intereses. Para el colombiano, ganar la etapa en esas condiciones de medir fuerzas públicamente y en solitario con el mejor del mundo era fundamental. Para Hinault, era clave para asegurar el Tour. Y entonces, la famosa 'Bomba H', como titulé mi artículo de ese día, se organizó para detonar de manera programada. En rústico italiano, que Herrera descifró, convinieron que las bonificaciones de las metas volantes eran para el francés y si estaba en forma en la cumbre, la etapa era para Herrera. Así fue.

La sala de prensa se revolcó. Nuestro escritorio se convirtió en la fuente de información para todos los colegas para quienes el cuento del "jardinerito", del poder del bocadillo veleño y de las galletas Herpo que comían en la ruta o la gasolina que les aportaba la panela, era una novela fantástica de escribir.

Al día siguiente, la bomba fue pura criolla pues Parra ganó la etapa en Lans-en-Vercors y Herrera llegó unos segundos después ante la mirada atónita del mundo del pedal y la no menos sorprendida visión del propio presidente de Francia, François Mitterrand, invitado de honor a la etapa y quien después nos visitó en la sala de prensa ubicada en los jardines de la pequeña escuela del minúsculo pueblo donde estaba la meta.

"Oh la la, les colombiens font l'histoire ici", nos dijo y en ese momento periodistas y ciclistas éramos una sola camiseta triunfadora.

El titular de ese día ya fue totalmente criollo, tropical y triunfalista, como corresponde a todo periodista deportivo trepado en los momentos de gloria. "Colombia se puso de ruana el Tour", decía el encabezado de mi nota.

Pero faltaba más. Dos días después, Hinault y Herrera prendieron motores para aclarar sus cuentas en la etapa que terminaba en Saint-Etienne, otra estación de invierno.

Esta vez, Herrera picó en punta solitario cuando el camino se empinó para los actos decisivos. Era un trazado de cuestas sucesivas y en la bajada final antes de la última subida de la meta, Herrera, quien iba como una tromba con unos 20 segundos de ventaja, se fue al piso. La rueda delantera de la cicla resbaló en un parche de pavimento reventado por el sol.

Herrera se repuso y llegó a la meta triunfante "con la cara cruzada por cuatro enormes rayas de sangre que se habían tostado con el sol y con el viento". Pero el vía crucis no tuvo solamente el protagonismo de Herrera porque

Hinault, a 250 metros de la meta, se cayó en el pelotón y se fracturó la nariz por lo cual llegó también a la meta como un Cristo que vomitaba sangre.

La situación coagulante de los héroes hizo que de inmediato la prensa agotara los adjetivos en todos los idiomas para reseñar la jornada de “sangre, sudor y gloria” del colombiano, quien rápidamente se fue del podio en una ambulancia en compañía, ...otra vez, de Bernard Hinault, a quien los colombianos ya le decían cariñosamente ‘Bernardo Henao’.

Herrera terminó séptimo en el Tour y ganó la montaña. Parra fue octavo y campeón novato. Hinault ganó su quinta corona de la cual seguramente recordará siempre las dos espinas que le clavó el colombiano. Yo me quedé con el trofeo de esos apuntes que, al releer para escribir esta nota, ciertamente fueron también un duro premio de montaña disputado mano a mano contra los horarios y los mínimos recursos de comunicaciones que había en la crónica deportiva de esos tiempos, un cuarto de siglo atrás en la historia.

Fue el momento de la gran epopeya, el del orgasmo del ciclismo nacional como lo fue el del fútbol cuando les metimos cinco a cero a los argentinos. En ninguno de los dos pasamos de ese punto de un brillo tan inusitado como efímero.

TOMADO DE LA REVISTA SOHO